

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

Conductas de riesgo en el adolescente. El fenómeno del cutting y su valor de inscripción.

Bower, Lorena.

Cita:

Bower, Lorena (2017). *Conductas de riesgo en el adolescente. El fenómeno del cutting y su valor de inscripción. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/826>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/QGq>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CONDUCTAS DE RIESGO EN EL ADOLESCENTE. EL FENÓMENO DEL CUTTING Y SU VALOR DE INSCRIPCIÓN

Bower, Lorena

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de San Luis. Argentina

RESUMEN

La adolescencia, entendida como momento de transición entre la infancia y la edad adulta presenta al sujeto la tarea de desamarrarse de la autoridad de los padres, confrontar con lo real del propio cuerpo representado en los cambios puberales y el encuentro con el otro sexo. Estas son las coyunturas en las que hacen su aparición las llamadas conductas de riesgo, fenómenos que revelan las dificultades del adolescente posmoderno para poder encontrar insignias que le permitan atravesar la crisis y hacerse de un nuevo nombre y de una nueva identidad. Dentro de estas conductas de riesgo, existe una que llama particularmente la atención por la crudeza con la que se exhibe esta búsqueda desesperada de un reconocimiento por parte del Otro. Se trata del fenómeno del cutting, las autolesiones.

Palabras clave

Adolescente, Epoca, Cutting, Inscripción, Conductas de riesgo

ABSTRACT

CONDUCTS OF RISK IN THE TEENAGER. THE PHENOMENON OF THE CUTTING AND HIS VALUE OF INSCRIPTION

The adolescence understood as moment of transition between the infancy and the adult age presents to the subject the task of being cast off of the authority of the parents, to border with the royal of the own body represented in the changes puberales and the meeting with another sex. These are the conjunctures in those who do his appearance the so called conducts of risk, phenomena that reveal the difficulties of the postmodern teenager to be able to find emblems that allow him to cross the crisis and to be done of a new name and of a new identity. Inside these conducts of risk, there exists one that calls particularly the attention by the crudeness with the one that shows itself this search driven to despair of a recognition on the part of Other one. It is a question of the phenomenon of the cutting, the autoinjuries.

Key words

Adolescent, Time, Cutting, Enrollment, Risk behaviors

La adolescencia, entendida como momento de transición entre la infancia y la edad adulta presenta al sujeto la tarea de desamarrarse de la autoridad de los padres, confrontar con lo real del propio cuerpo representado en los cambios puberales y el encuentro con el otro sexo.

Estas son las coyunturas en las que hacen su aparición las llamadas conductas de riesgo, fenómenos que revelan las dificultades del adolescente posmoderno para poder encontrar insignias que le

permitan atravesar la crisis y hacerse de un nuevo nombre y de una nueva identidad.

La noción de conductas de riesgo no constituye un término específico del psicoanálisis sino que sus raíces pueden pesquisar en la teorización de Le Breton (2007), quien que desde campos tales como el de la antropología y la sociología logró circunscribir y dar entidad a este tipo de fenómenos.

Al decir de ese autor es en el pasaje de la adolescencia a la adultez cuando emergen este tipo de conductas ligadas a la exposición por parte del sujeto a una alta probabilidad de lastimarse o morir, de perjudicar su propio futuro o poner en peligro su salud o su potencialidad personal. Se trata de conductas que se originan en el contexto de la indiferencia familiar, el abandono, el sentimiento de exclusión al mismo tiempo que en el marco de la sobreprotección (Le Breton, 2007).

Constituyen acciones mudas, que trastornan intensamente la integración social del adolescente, a la vez que revelan una desesperada búsqueda de límites y de eliminación de un sufrimiento que lo aqueja, casi como una paradójica modalidad de por la cual trata de retomar el control del sí mismo (Le Breton, 2012), el cual se ve confrontado con la incertidumbre que apareja el cambio tanto a nivel corporal como subjetivo y social.

Presencia del vasallaje entre el mundo infantil y el mundo adulto, el adolescente ensaya un nuevo lugar en el mundo y un nuevo estatus de sujeto, aun cuando el mismo aun no acabe de reconocerse en ambos espacios.

En este discurrir el reconocimiento ocupa un lugar destacado, prima en el adolescente el sentimiento de existir en la mirada de los otros y de tener un valor para sí mismos. En tal sentido, las conductas de riesgo se instituyen como "intentos de existir más que de morir" (Le Breton, 2007, p.3), "llamados a vivir" (Le Breton, 2012, p.3), un reclamo de reconocimiento por parte de aquellos jóvenes en sufrimiento en dirección a los adultos que le otorguen este placer por vivir y el deseo de crecer. Pedido desesperado de atención y reconocimiento, de un lugar y un nombre que los nombre.

Se trata de demandas simbólicas de la muerte en una búsqueda de límites para reafirmar la presencia del joven en el mundo, marcan el momento donde el actuar predomina por sobre la dimensión del sentido (Le Breton, 2007).

En un instante en el cual todo el anclaje simbólico del sujeto vacila y la posibilidad del pensamiento se halla eclipsada, el acto y sus variantes (pasaje al acto y acting out) se alzan como modos privilegiados de conducirse, de procurar dar algún exutorio a la tensión y la angustia a la que el adolescente se ve expuesto. Aun cuando librarse del dolor implique ofrendar, sacrificialmente, la propia existencia.

Al decir de Le Breton (2007) manipulando la hipótesis de su muerte,

el adolescente apela a rodeos simbólicos para asegurarse del valor de su existencia, rechazar lo más lejos posible el miedo de su insignificancia personal y aguzar el sentimiento de su libertad.

Desde una orientación psicoanalítica lacaniana, es posible realizar una relectura de las llamadas conductas de riesgo en los adolescentes de la contemporaneidad.

Lacadée (2007), señala que el adolescente en el momento de la pubertad se ve confrontado con la emergencia de lo real, de lo indecible e insoportable, que exige un trabajo de simbolización. Al decir del antecitado autor, este real, fuente de angustia, se encuentra en el inicio de las conductas de riesgo. El momento de separación de los significantes amo que sostenían al sujeto hasta entonces, el pasaje “de la mater certissima est a la terra incognita” (Lacadée, 2007, p.26), implica para el adolescente la vacilación y la desorientación, lo cual puede conducir a la fuga, la errancia o la depresión. El adolescente se ve compelido a hallar un lugar, de dar con referentes simbólicos en un momento en el cual aquellos emblemas con los que había contado se desvanecen y el sentimiento de orfandad asoma siniestro.

Se trata de buscar su nombre de goce, a falta de haber hallado un no al goce avasallante surgido en el momento de su pubertad” (Lacadée, 2007, p.17).

En tal sentido, las conductas de riesgo, frecuentes en la adolescencia, pueden ser pensadas como búsquedas “salvajes” del lugar y la fórmula (Mitre, 2014, p.62). Frente al exceso de goce que invade su cuerpo y lo deja fuera del discurso, la fuga y la errancia pueden representar un último intento de inscripción en un lazo social

En consecuencia, las conductas de riesgo se presentan en el momento donde el sentimiento de vacío preocupa al adolescente. Paralelamente se asiste al desasimiento de la autoridad parental y la caída de los referentes clásicos de autoridad. Las características de la sociedad hipermoderna contemporánea que obedecen a la lógica del hiperindividualismo, la permisividad y la confusión de roles y de identidades (Lipovetsky, 2006; Cottet, 2008) son correlativas de la fragmentación social y el desfallecimiento del Otro como referente simbólico (Miller, 2005).

Dentro de estas conductas de riesgo, existe una que llama particularmente la atención por la crudeza con la que se exhibe esta búsqueda desesperada de un reconocimiento por parte del Otro. Se trata del fenómeno del cutting, las autolesiones.

Las autolesiones, también llamadas autoinjurias, automutilaciones o autodaño, se definen como prácticas que incluyen el daño tisular o la alteración, deliberada, de una parte del propio cuerpo y carece de intención suicida. Algunos autores coinciden que el sustrato común de todas estas acciones parece ser la imposibilidad de soportar o tramitar el dolor provocado por una situación externa. Ante el aumento de tensión provocado por una situación del medio, el sujeto opta por ocasionarse un dolor más manejable y soportable.

“La reacción de quien se corta pertenece en gran parte a una experiencia de inminente catástrofe psicológica que, hablando subjetivamente, es sentida como amenazante y una necesidad urgente de gestionar una experiencia desorganizadora de vulnerabilidad esta en el centro de todo episodio de autolesión” (Doctors, 1981, p. 51). El cutting, la práctica de provocarse cortes en antebrazos, piernas, abdomen, entre otras zonas del cuerpo produciendo pequeñas inci-

siones superficiales, constituye uno de los fenómenos que asoman como un tratamiento hipermoderno del cuerpo y del goce. Se trata de una acción que se muestra, multiplicada por miles, en cientos de sitios web donde jóvenes de distintas partes del mundo exponen a la mirada curiosa del otro sus lesiones e incluso adjuntan una breve explicación del motivo por el cual se “cortaron”. La difusión de la práctica ha llevado a que en algunos países sea considerada como una “epidemia” (Conterio y Lader, 1998) o como “el desorden mental del tercer milenio” (Plante, 2007).

En el adolescente, la exigencia de las pulsiones se dialectiza con la redefinición de todos los vínculos que lo constituyen. Todo esto pone en movimiento la historia libidinal y simbólica, reeditando viejas carencias narcisistas que no han libidinizado suficientemente los bordes del cuerpo. Cuando el déficit simbólico impera el límite, que otrora era conferido por el significante, es buscado en la membrana superficial de la epidermis, en un lugar con el filo de la navaja. Cortarse la envoltura de la piel, al modo de un embalaje descartable, atestigua este déficit.

La piel se instituye como el dispositivo de separación, de límite entre el mundo interno y el mundo externo, de empalme e interacción entre ambos mundos y de discriminación entre el adentro y el afuera; “el cuerpo, y sobre todo su superficie, es el lugar donde pueden producirse contemporáneamente percepciones externas e internas” (Freud, 1923 p. 27).

El adolescente cutter siente la necesidad de atacar su propio límite, de manera que el dolor callado podría encontrar un desahogo con el fin de ser regulado y calmado. El dolor y la herida autoinflingida resulta un artilugio que le permite, al sujeto, reconfigurar los confines entre sí mismo y el mundo que lo rodea.

En tal sentido, la autoinjurias asume la forma de un acto extremo porque extrema es la condición en donde el cutter se encuentra: una condición de alienación total, no sólo con respecto al mundo que lo rodea, sino directamente con respecto a su misma corporalidad (Landame, 2004, p. 77).

El borde de la piel, el contorno de las venas son explorados y tajeados en un acto solitario, que pone de relieve la intensidad emocional alterada de ciertos adolescentes más allá del principio del placer. Este acto que requiere de un milimétrico control en la incisión, resulta paradójico en relación a la conmoción pulsional que le dio origen.

Frente a la angustia, desamarrada de todo lazo significativo, el corte en la piel, corte literal, como única solución, como freno temporario a un dolor psíquico innombrable, que -en su exigencia- no se deja domesticar por la palabra, que llama a una medida, incluso material (Bower, 2015, p. 56).

Cortar la piel es inscribir situaciones que han sido vividas traumáticamente: el adolescente sacrifica mendrugos de cuerpo. La piel lacerada podrá luego ser expuesta a la mirada curiosa de otros, o velarse tras vestimentas sin embargo un movimiento, una “torpeza” las expondrá en un fascinante desliz de la vestimenta permita divisar la piel, las heridas, las cortadas.

Nasio (2007) hace un análisis acerca de la imagen de la herida, y señala que esta imagen mental de la herida, nacida de la percepción de la lesión, fija el dolor vivido en un lugar preciso del cuerpo. Al sentir dolor, el sujeto cortado cree que su dolor se concentra en la herida y sólo emana de ésta, es decir, de la abertura del tejido, como si la fuente del sentimiento se redujera la extensión de la lesión (p. 19).

Por otro lado, Weissberg (2007) en él menciona que un órgano lastimado produce una corriente de energía interna, devastadora y no dominada, que sumerge al yo en un estado de invasión; la homeostasis del sistema psíquico ha quedado rota y el principio del placer que la regula ha sido momentáneamente abolido. Es entonces cuando el yo, aunque perturbado, consigue autopercebir su propia turbación. Esta singular percepción por parte del yo de su estado de conmoción interna se traduce como emoción dolorosa, a la vez que ubica dentro del cuerpo la fuente interna de la que parte. Este flujo masivo de excitación tiene como consecuencia la inscripción de una imagen mnémica del evento (p. 22).

Los cortes aparecen, desde la posición del sujeto adolescente, como una forma de sentirse vivos, paradójicamente enuncian que en la cisura hallan apaciguamiento, se cortan para evitar la disgregación, para sentirse unidos... una misma marca que desata y evita el caos.

En tal sentido, el corte opera al modo de un rechazo al saber, en tanto no se trata de ponerse a hablar de ello e intentar saber algo de la causa, sino más bien de exhibir las marcas y olvidar.

No obstante esta opinión, clínicamente se trata de un campo amplio y heterogéneo puesto que no en todos los casos el corte cumple la misma función y, por tanto, la operación psíquica que los funda y el mecanismo operante no es el mismo.

El lugar y la función de la escritura en el cuerpo es determinado (en tanto el cuerpo es soporte donde el sujeto del inconsciente hace acto de presencia) como lugar de resonación en el que se plasman, al modo de signos, marcas significantes que pueden leerse como indecibles o indescifrables. Así, en la producción y en la lectura de esta escritura insiste una pretensión de evidenciar la caída del sujeto en su hacer y decir en tanto manifiesta la negatividad del sujeto, pero que a su vez permite su advenimiento, como emergiendo de "Eso" que es el cuerpo. En efecto, se trata del sujeto y de su cuerpo en tanto es su significante primordial, ese rasgo unario (Ideal del Yo), esa marca que produce el Uno del cuerpo, y que le permite al sujeto el ser y el estar en su historia.

Por eso, la escritura del cuerpo, -esa marca o huella significativa "encarnada", es inaugural, si y solo si, se ubica como artificio el tiempo lógico, en tanto permite la emergencia de esa palabra que nombre la imagen del cuerpo como propia (Triolo Moya, 2014, p. 146).

La escritura del cuerpo involucra una lectura de esas marcas, de esos trazos e inscripciones que, por la vía del significante queda encarnado el deseo, en tanto deja su huella inscrita en el sujeto -en su carne- como un texto: signos, tatuajes, heridas, significantes que no dejan de mostrar su imposibilidad para acceder a la significación última del enigma y la carencia del la falta-en-ser.

En este sentido, el cuerpo es mucho más que una masa de órganos y tejidos, es un cuerpo que antes de nacer ya esta signado

por el Otro y, en consecuencia, por los otros como entes sociales. Entonces el cuerpo subsiste como existente en el deseo del Otro, y con ello, es posible su simbolización, es decir, tributarle un nombre que lo sostenga en la realidad, porque si solo fuese carne-ahí, se anularía la existencia del sujeto que representa "Eso" que es su cuerpo. El sujeto, demanda que alguien lo nombre, hecho en sí mismo agresivo ya que marca una pérdida irreparable en el sujeto que habita ese cuerpo; precisamente, ese cuerpo, en el tiempo de su significación, es el que emerge como la marca del Ideal del Yo. Previo a eso, ese cuerpo, fue solo un estar-ahí como objeto del deseo del Otro. Lugar perdido irremediablemente pero que se ofrece a la cizalla de la pulsión en su repetitivo ocurrir.

En los cortes se puede entrever un plus, un extra que no se agota en la tinta, el dije o la piel lacerada. En tal sentido, puede considerarse que las marcaciones corporales se instituirían como verdaderas escrituras jeroglíficas, soporte de actos que tienen como fin in(es)cribir en la superficie corporal, en la "carne" algo que no puede ser puesto en palabras.

Concluyendo, el sujeto apela a una operación simbólica sobre lo real, que se basa en la esencia del significante y se apunta en lo imaginario. Se advierte tras los cortes una reparación que si bien resulta eficaz, ancla en un punto diverso de aquel que concierne al desarrollo de angustia como avance de lo real, y que no opera como una solución permanente, que se sostenga a lo largo del tiempo sino que funciona como una solución momentánea, fugaz y puntual.

El corte en la piel siempre comporta un modo de relación del sujeto al Otro, independientemente de la estructura que soporta el sujeto, los cortes contraen una función en relación al Otro, constituyen un modo de dirección al Otro.

Lo precedente deja entrever que hay detrás de estas prácticas un plus que trasciende el mero daño tisular. Se trata de una dimensión ligada al valor de compensación que la estructura real-imaginaria del corte asume ante los efectos asoladores de la falta (falla) de inscripción significativa o simbólica. Se puede considerar las auto-lesiones como un lenguaje que, anclado en lo somático, se utiliza el cuerpo en lugar de palabras, el acto sobre la simbolización.

Entonces, se podría pensar que debido que en el caso de los cortes, al estar reducido socialmente lo simbólico como recurso, el sujeto acude al uso de su cuerpo en su dimensión imaginaria para redimir su batalla. Se apela así, al terreno imaginario del cuerpo como sustentáculo del carácter básico del significante para hacer frente a lo real. Así se logra fijar en lo especular del cuerpo aunque fallidamente, la manifestación de lo real.

Entonces, ¿no resultaría el corte una manera de licuizar el dolor, de hacerlo más light, una modalidad instantánea de mantener a raya la angustia?

En sujetos en los que la operatoria de la identificación secundaria aparece deficitaria, en buena medida por la falta de insignias sobre las que apoyarla, las incisiones se instauran como un modo de sostener el deseo; la propia carne es cortada para captar la mirada del Otro. Se trata de una operación real ejecutada sobre un cuerpo entregado (sacrificialmente) a la mirada (gozosa) del Otro. En definitiva, lo que surge entre el sujeto y ese Otro es el resto, a, la libra de carne.

En épocas de mudez creciente la imposibilidad de apalabrar convoca a “otras escrituras” que son intentos de lograr alguna inscripción primordial, indeleble y atemporal, resistente a las separaciones y capaces de cimentar el accidentado camino hacia la identidad adulta. La carencia de emblemas identificatorios claros y guías simbólicas lleva al adolescente a (re) inventar sus propias insignias, ritos reguladores de la economía pulsional que intentan suplir los déficit del Otro. El sujeto adolescente pasa a definirse por la marcación corporal y con ella adviene como parte de un colectivo que le otorga cierta frágil identidad y le permite decir “soy”. La marca otorga un lugar frente a Otro que, caprichosamente, se niega a mirarlo. La marca es entonces grito singular que procura acaparar la atención -del Otro- (Bower, 2015, p.157).

La cisura en la carne constituye una inscripción, verdaderos textos a través de los cuales el sujeto intenta dejar impreso, en la carne, lo que no puede elaborar psíquicamente.

En una época que ofrece prevalentemente la inmediatez de lo efímero, de lo que no sirve para nada en el sentido de mediación simbólica, “cortarse solo” se erige en una particularidad de la constitución subjetiva ajetreada en la que no hay tiempo para duelar, para angustiarse y dónde incluso, la angustia es equiparada a la locura y a la enfermedad quedando despojada la humanidad de su originaria condición: el padecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Bower, L. (2015). Las autolesiones: más allá del daño tisular. *Revista Poiesis*, 27. Medellín, Colombia: Funlam.
- Conterio y Leader (2007). *Bodily harm: The breakthrough healing program for self-injurers*. New York, Estados Unidos: Hyperion Press.
- Doctors, S. (2007). Avances en la comprensión y el tratamiento de la autolesión en la adolescencia. *Aperturas psicoanalíticas*. *Revista Internacional de Psicoanálisis*, 27. Recuperado el 12 de julio de 2009 en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000060&a=Avances-en-la-comprensión-y-tratamiento-de-la-autolesión-en-la-adolescencia>
- Freud, S. (1979). *El yo y el ello*. Buenos Aires, Argentina : Amorrortu Editores. Original de 1923.
- Lacadee, P. (2007) *L'éveil et l'exile. Enseignements psychoanalytiques de la plus délicate des transitions: l'adolescence*. Éditions Cecile Defaut. Nantes, France. 2007.
- Ladame, F. (2004). *Attacchi al Corpo ed il Sè in pericolo. Adolescenza, Childhood and Adolescent Pyschosis*, 10
- Le Breton, D. (2007) *Anthropologie des conduites à risque et scarifications à l'adolescence*. *Arquivos Brasileiros de Psicologia*, 59
- Lipovestsky, G. (1983). *La era del vacío*. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona, España: Anagrama.
- Miller, J.A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Miller, J.A. y otros (1999). *Cortes significantes*. En *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Mitre J. (2009) *Adolescencia y lazo social*. Algunas ideas para un proyecto infantojuvenil. I Jornadas de ex residentes de Psicología y Psiquiatría. La Plata, Buenos Aires, Argentina. Inédito.
- Nasio, J. D. (1996). *Los gritos del cuerpo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. 2013.
- Plante, L. (2007). *Bleeding to ease the pain: Cutting, self-injury, and the adolescent search for self*. Westpor, Connecticut: Praeger Publishers.
- Triolo Moya, F., Bower, L. (2010). *El ocaso del Otro y la esclavitud epocal*. *Memorias del Congreso de Investigación en Psicología*. Universidad Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina. Universidad de Buenos Aires.